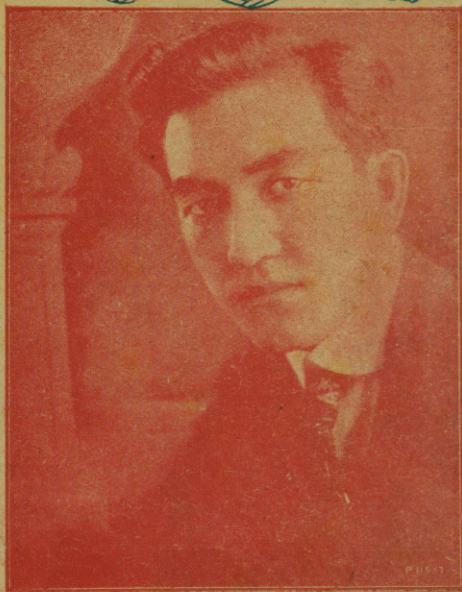


CINE MA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
NOTICIAS y ARGUMENTOS DE
PELICULAS



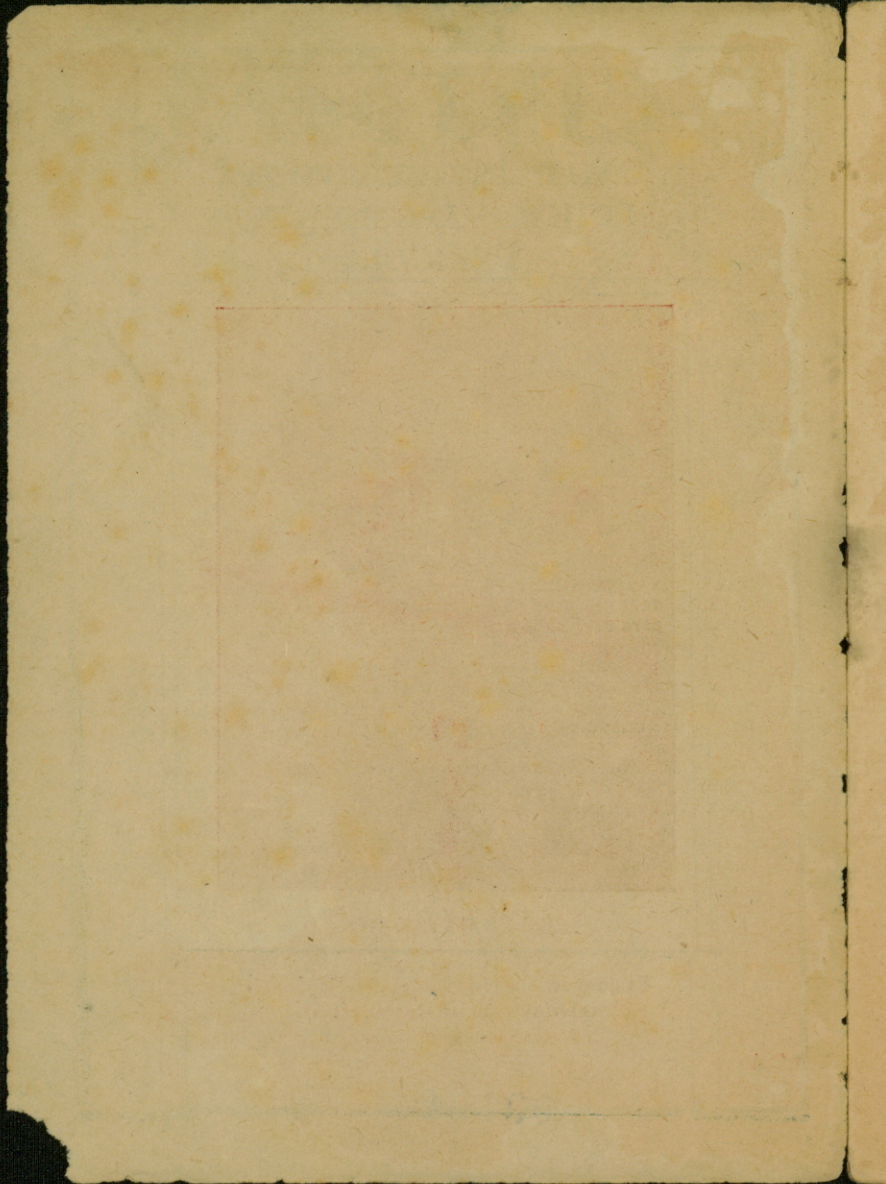
SESSUE HAYAKAWA

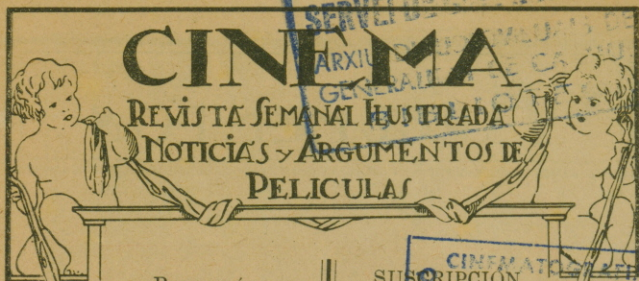
Famoso artista cinematográfico japonés
intérprete de las más selectas
producciones americanas.

N.º 4

10 Cts.

03101





REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN,
Provenza, 238
BARCELONA

SUSCRIPCIÓN
Por año 5 Pts.
Por semestre 3 »
N.º suelto 10 Cts.
Pago por adelantado

ARTISTAS DE CINE

BÉBÉ DANIELS

Casi puede decirse que esta artista nació en las tablas, pues durante una representación que su padre, director de una modesta compañía, daba en una población de Texas, tuvo que suspenderse la función para dar lugar a que su señora diera al mundo a la encantadora Bébé.

El público tomó alegremente la cosa y algunas semanas más tarde la recién nacida desempeñó, muy a su pesar, un papel en un viejo melodrama, durante el cual chilló, y se agitó desesperadamente, no calmándose hasta que su madre le ofreció el dulce regalo de su seno.

A los tres años hizo conscientemente su debut, con aplauso del público.

Desde su nacimiento, en 1901, la Daniels tuvo una vida artística bastante accidentada; y así la vemos en 1906 figurando como primera estrella de la Compañía Burbank en Los Angeles, que por entonces no era todavía el centro industrial de producción cinematográfica de Norteamérica.

Contratada por la «Selig», representó durante largo tiempo papeles de niña, de jovencita o de mozaletas, según el argumento.

Luego, con Harold Lloyd, *El*, se hizo aplaudir en numerosas películas, hasta que fué contratada por la Paramount.

De entonces acá sus éxitos se cuentan por el número de papeles que ha desempeñado y todos sabemos que el hecho de figurar su nombre en una película es una garantía de arte.

ARGUMENTOS

EL SECRETO DE ARGEVILLE

por
NICK WINTER

A pesar de la oposición de su tía la duquesa de Acquamonda, Roberto de Argeville ha contraído matrimonio con Genoveva Bressac, hija de su intendente; y ambos vivían felices en el castillo de Argeville, delicioso nido de amor.

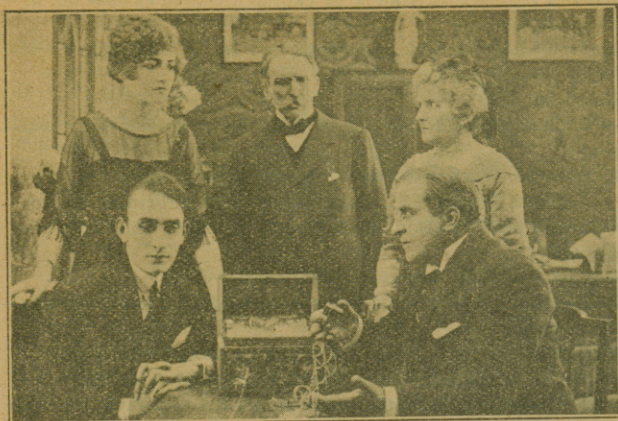
Con el tiempo la duquesa Marta va desarrugando el ceño y un día decide hacerles una visita y pasar a su lado una temporada y así lo efectúa junto con su dama de compañía.

Una vez en el castillo ofrece a su sobrina su regalo de boda: un cofrecito conteniendo joyas de familia entre las cuales sobresalen una diadema de diamantes y un magnífico collar de perlas.

Encantada con aquella regia prueba de afecto, Genoveva es más feliz que nunca, pero de pronto la decoración cambia. Al menos para Genoveva y Roberto. Ambos han descubierto un hecho escalofriante que les puso en una gran consternación.

Roberto había llamado a su joyero. Había tenido el pensamiento de desmontar algunas piedras del presente que le hizo su tía, al objeto de montarlas de otra forma.

Al sacar las alhajas del cofre, el joyero ha hecho un gesto de extrañeza tan acentuado que Roberto ha pensado algo malo.



— ¿Qué sucede?

— ¡Señor, las piedras son falsas!

— ¡Pero si no es posible! ¡Si son las alhajas de mis antepasados!

— No son las de sus antepasados, señor, son la falsificación de ellas. Mire Vd. — añadió el joyero al mismo tiempo que enseñaba a Roberto una de las joyas — esta hendidura ha sido causada al desmontar las piedras. La montura es la misma. Es la de sus antepasados. Las piedras no son las mismas. Han sido sustituidas por éstas. ¡Y a fe que está bien hecha la imitación! No se ve la falsificación hasta que no las tiene uno en las manos.

Roberto, consternado, ha comunicado la desagradable nueva a su esposa. Genoveva no sabe lo que le pasa. La noticia le ha dejado estupefacta.

— ¿Cuándo se ha hecho la falsificación? ¿En el castillo o en casa de la duquesa? — se preguntó a sí misma Genoveva, contrariadísima por todo aquello.

Los dos esposos acordaron no dar publicidad al hecho. Entre los dos guardarían el secreto. Solamente se enteraría un tercero. Este sería el famoso detective Nick Winter.

Roberto pretextó un viaje a la capital y estuvo en casa del detective.

Roberto enteró a Nick del asunto que le había llevado a visitarle.

Este respondió:

— Embrollado está todo eso, pero en fin ya veremos de descubrirlo.

— Pues vamos a ver si esta vez también hace honor a su fama.

— Veremos. Ahora bien. Para llegar al descubrimiento necesita una completa libertad de acción. ¿Está usted dispuesto a concedérmela?

— Puede contar con ella — respondió Roberto.

Nick Winter se quedó un momento pensativo. Después comenzó a hablar.

— Dentro de un par de días recibirá usted una carta mía firmada por un tal Eduardo de la Motta, anunciándole mi llegada al castillo. Eduardo de la Motta es un amigo suyo italiano, un íntimo amigo a quien conoció en uno de sus viajes a Roma.

Iré al castillo con la pretensión de pasar una temporada al lado de ustedes. Lo demás ya lo irá usted viendo.

Poco después Nick Winter era huésped del Castillo y comenzaba sus pesquisas, descubriendo con asombro en el interior de su petaca un billetito advirtiéndole que renuncie a descubrir al ladrón a fin de evitar un terrible drama de familia; pero Nick no hace caso y al día siguiente sabe que Genoveva ha recibido de un desconocido una urgente petición de dinero, pero este resulta ser su hermano, al cual, distraiéndose admirablemente se presenta ofreciéndose para secretario y así se entera de que el padre de Bressac entrega a su hijo 100.000 francos. Viendo esto Nick cree tener ya al autor del robo y se apresura a presentarse ante Roberto.

— Ya tengo al culpable — le dice.

— ¿Quién es? — le pregunta ansiosamente Roberto.

El detective no sabe qué hacer. En su rostro se refleja la indecisión de aquellos momentos.

— ¿Qué le sucede Nick? Parece que no está usted muy seguro de haber descubierto al ladrón.

— Segurísimo.

— Entonces ¿a qué vienen esos titubeos?

— Porque si le descubriese a usted al autor del robo se hallaría ante un nuevo dolor.

Roberto quedó desconcertado. Ahora era él quien no sabía que partido tomar. Había presentado con motivo de las palabras del detective una gran desgracia. Y llegó a sentir miedo de conocerla.

Nick añadió:

— Ahora comprenderá usted el por qué de mis titubeos.

Roberto se había repuesto de la impresión sufrida.

— Por dolorosa que sea mi desgracia quiero conocerla—se dijo para sus adentros.

— Nick, quiero conocer el nombre del culpable.

Winter no tuvo otro remedio que acceder a los deseos de Roberto.

— Pues bien, puesto que usted lo quiere sea. El autor del robo es su negro.

Roberto palideció al pronto. Después, al minuto, su rostro reflejó una tranquilidad como cuando uno se da cuenta de una equivocación sufrida por los demás.

— ¿Y en qué se funda usted, Winter, para atribuir al padre de mi esposa el robo de las alhajas?

A Winter le desconcertó la actitud de Roberto. Por su imagi-



nación cruzó la idea de que había sido víctima de un gran error.

No obstante siguió adelante, pensando que si se había equivocado mejor sería para todos, puesto que resultaba muy doloroso ver ladrón a un familiar de la calidad del padre político del conde.

— Ayer estuvo en casa del hermano de su esposa su padre.

— ¡Y qué tiene esto de particular? dijo Roberto.

Winter continuó hablando.

— Le hizo entrega de cien mil francos.

Al acabar de decir esto. Winter se quedó mirando a Roberto. Este soltó una carcajada. Y poniendo una mano en el hombro del detective, exclamó:

— Esos cien mil francos se los entregué yo mismo a mi suegro, al objeto de que pudiera salvar a mi cuñado del desastre económico que se le venía encima.

Winter se alegró de su fracaso como detective. En aquella ocasión no le dolía sacrificar su prestigio policiaco por la tranquilidad de Roberto y su familia.

— Señor detective, hay que buscar por otro lado — le dijo cariñosamente Roberto.

Y Nick comenzó a planear imaginativamente la orientación que iba a seguir en sus nuevas pesquisas.

Como el asunto se ponía cada vez más embrollado, Nick escribió a su ayudante, al objeto de que le acompañase en las pesquisas que iba a llevar a cabo.

Y este acudió al llamamiento, poniéndose inmediatamente en camino.

Uno de los puntos del nuevo plan de Nick consiste en hacerse pasar por mujer. Se caracteriza tan bien que nadie duda de que lo sea. El ardid no es malo y después de haber estado a punto de perder la vida en compañía de su ayudante, el famoso detective acaba por descubrir al culpable, que no era otro que la dama de compañía de la duquesa en complicidad con su hijo al que malas compañías habían llevado por el camino del mal.

FIN

DEUDA DE ODIO

interpretada por
EDY DARCLEA



Según frase de uno de sus compañeros, Raimundo Ploerne traicionaba al mar: se casaba.

En efecto, el comandante del torpedero R. 3 había pedido el relevo con motivo de su próximo matrimonio y acababa de regresar al suelo patrio rindiendo su último viaje.

Al saltar a tierra, un camarada le llevó a participar de la alegre francachela que reinaba en la casa del médico del puerto, donde varios marinos se divertían con ruidosa animación.

Poco pudo pensar Raimundo que un hecho tan trivial tuviera para él tanta trascendencia. De sobremesa comenzó a referir aventuras galantes y el marques de Girani, que asistía al fraternal banquete, relató, rodeándola de misterio, el último triunfo de su vida de conquistador, obtenido sobre una de dos espléndidas bellezas virginales, primas entre sí, con la cual mantenía aun sus idilios nocturnos en una gruta próxima al mar, arrullados por la brava sinfonía de las olas.

Raimundo, oyéndole, sintió una inquietud que aumentaba a medida que el marqués avanzaba en su relato.

Por su cerebro cruzaron las imágenes de Lidia y Teresa, tan amadas... ¡pero no! era imposible.

Y pasando la mano temblorosa por su frente bañada en frío sudor, procuraba apartar la infame sospecha, sin conseguirlo, pues nuevos detalles del narrador lo evidenciaban, casi le daban la certeza de sus recelos.

La descripción de las dos beldades y de la casa en que vivían acabó de desconcertarle y sin saber lo que hacía, lívido de cólera, insultó al aristócrata, que en aquel momento, sonriendo vanidosamente ponía fin a su jactancioso relato.

Nada pudo lograr el buen deseo conciliador de los circunstancias para impedir las graves consecuencias que sin duda alguna traería el incidente, ya que el marqués se negaba a declarar cual de las dos era la que le había rendido el tesoro de su pureza y esto era cuestión de vida o muerte, porque una de las jóvenes a que se había referido era la novia de Raimundo.

Súplicas, amenazas, nada tuvo fuerza para convencerle y el duelo quedó concertado en el acto.

Pocas horas después, el marqués de Girani caía con el corazón atravesado por una bala.

A la media noche del siguiente día, Raimundo se dirigió a la gruta punto de cita de la culpable. Su paso inseguro, el temblor de sus manos, la palidez de su rostro contraído por el sufrimiento bien claramente mostraba la angustia que sentía ante la idea de encontrarse frente a frente con su prometida.

Ocultóse en las cercanías y aguardó, con el alma en tensión.

A poco volvió a su corazón la paz: Teresa, la prima de su novia, llegaba en aquellos momentos.

No cabía duda; ella era la seducida.

¡Cuántas veces nos ciegan engañosas apariencias y lanzamos un juicio ignominioso sobre la frente pura del inocente!...

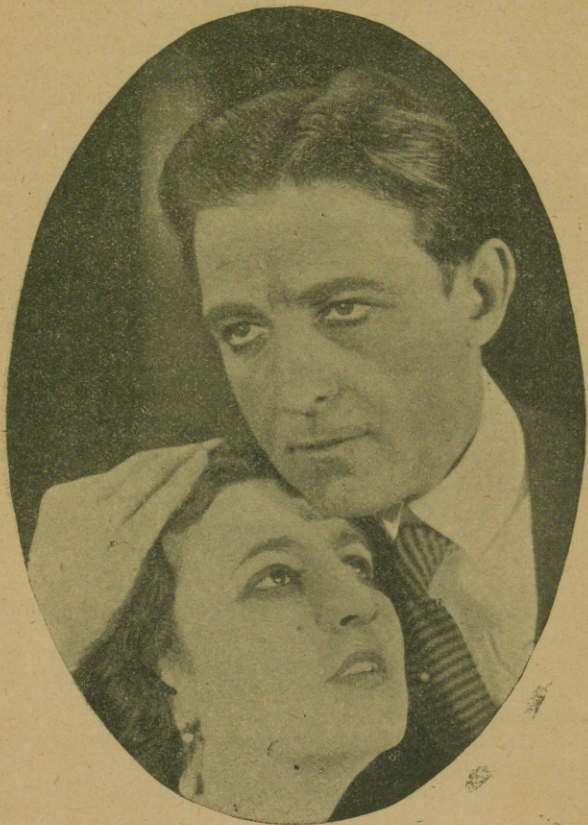
Cuando al otro día se presentó en casa de su amada, que lo recibió cariñosamente, Teresa dudó un instante en contarle la verdad, toda la verdad; pero no tuvo valor para envenenarle el alma y sepultó en el fondo del claustro su juventud junto con aquel secreto que tanto le pesaba.

Una vez casados, Lidia y Raimundo pasearon su luna de miel por toda Ifalia.

Felices en apariencia, Raimundo no podía sospechar los espantosos pensamientos que cruzaban sin cesar por la mente de su joven esposa, sin que reflejaran la más leve sombra en la blanca tersura de su frente.

Sin embargo, el odio, un odio profundo, implacable, irracional, se asomaba en ocasiones a sus pupilas luminosas y la venganza acechaba esperando el momento oportuno de saciar la terrible sed que la poseía, como una fiera oculta en la espesura aguarda al hombre temerario que se interna en sus dominios.

Y la ocasión llegó.



Un día, presenciando un campeonato de esgrima en el que tomaba parte Roquiére, amigo de Raimundo, desfloró sus labios una sonrisa siniestra; ella pondría frente a frente a los dos hombres y la espada invencible del maestro de armas vengaría la muerte del marqués de Girani, el único hombre que ella había amado.

Consecuente con esta idea, tomentó por cuantos medios pudo la amistad con Roquiére, que estaba muy lejos de sospechar que sólo era un instrumento en manos de aquella mujer de tan crueles instintos.

La intimidación llegó a ese extremo peligroso en que se bordea la culpa y en una *Kermess* de caridad que se celebró en el convento donde se había refugiado Teresa, esta sorprendió una entrevista de su prima con el espadachín que no daba lugar a dudas sobre su culpabilidad.

Y Teresa elevaba al cielo sus brazos suplicantes.

Todo había sido inútil, su sacrificio, su silencio, todo. Una vez más, la historia se repetía y Lidia volvía a confiarse a un amor fuera de la ley.

A Raimundo no se le ocultaba por completo lo que pasaba. Como un dardo envenenado llevaba la sospecha clavada en su corazón y aunque a veces pretendía tranquilizarse un nuevo detalle, una mirada, un signo de inteligencia sorprendido, traía de nuevo la inquietud a su atormentado espíritu.

Pronto tuvo la terrible certeza.

Una carta en la que Lidia citaba a Roquiére para caer en sus brazos le convenció de su desgracia.

Y otra vez las armas fueron esgrimidas por los hombres: un duelo a muerte quedó concertado entre Raimundo y el formidable espadachín.

Entonces, segura de su venganza, Lidia habló.

Sus sentimientos durante tanto tiempo contenidos explotaron furiosamente.

Le dijo todo, lo confesó todo; sus amores con Girani, su desesperación por la muerte del amado, su resolución de vengarse casándose con él, con Raimundo, para hacerle sufrir un día la misma suerte.

Para esto, sólo para esto, había enloquecido a Roquiére fingiéndole un amor que no sentía.

Raimundo la escuchaba espantado, lívido, poseído de una angustia sin límites ante aquella mujer tan amada que hoy se revelaba ante sus ojos atónitos indigna de todo amor, de todo perdón, de toda piedad.

Y habló a su vez.

— ¡Y tú le amabas!...

— Sí; yo le amaba y tú le mataste. Por eso te odio.

— Tú amabas al hombre sin escrúpulos, al caballero sin honor que cuenta alegremente, vanidosamente, las intimidades de su pasión a sus amigos.

— ¡Mientes!

— Tú amabas al sér que fingiéndose libre te ocultó su condición de casado... y por ese hombre indigno del amor y de la amistad en el que mi mano hizo justicia, tú deshaces un hogar, destrozas un corazón que sólo por ti latía y lanzas uno contra otro a dos amigos, casi dos hermanos.

Calló, aniquilado por el horror de la situación.

Lidia lloraba convulsivamente.

Sentía, ahora, odio por sí misma, despreciando el recuerdo del hombre que la sedujo villanamente y se envanecía en público de su triunfo.

Y admira a su marido, cuya nobleza comprende por vez primera.

Arrepentida, corre al lugar del encuentro a fin de impedir a todo trance, aun a costa de su vida, el terrible duelo... Pero llegó tarde.

Raimundo había pagado con su vida aquella funesta deuda de su odio.

Creyó enloquecer. ¡Había sangre en su vida, un río de sangre, un mar de saugre que amenazaba envolverla y asfixiarla!

Y buscó la muerte ingiriendo un veneno mortal.

Sintiéndose desfallecer, corrió al convento para solicitar de su prima el perdón de sus culpas.

Y en la austera sala del conyento se cerraron para siempre sus ojos, bajo el dulce perdón de la sacrificada.

FIN

COSAS DEL CINE

LOS ANIMALES EN EL CINE.

En la Cámara de los Comunes de Londres se discute actualmente un proyecto de ley que prohíbe la exhibición en público de animales amaestrados, y las noticias indican que hay grandes probabilidades de que sea aprobado. Los legisladores basan su oposición a esa clase de espectáculos en las crueldades de que por lo regular son objeto los animales para hacerlos trabajar. Y no van del todo descaaminados. Los pobres irracionales, en la mayoría de los casos, sólo aprenden a fuerza de palos u otros castigos peores.

BERNARD SHAW Y CHAPLÍN.

Recientemente dieron en Londres una comida al escritor George Bernard Shaw. A los postres hubo los los discursos de rúbrica. Al llegar el turno a Shaw, el presidente de la mesa dijo:

—Tengo el gusto de presentar a ustedes a nuestro distinguido invitado de honor, uno de los tres ingleses hoy más conocidos en el mundo — los otros dos son Lloyd George y Charles Chaplín. No sé, por supuesto, si le agradecerá o no al señor Shaw esa compañía.

El dramaturgo contestó al instante desde su asiento.

—No tengo objeción alguna contra Charlie.

UNA PELÍCULA DE LA SELVA.

Los milagros de la selva se llama una película de grandes pretensiones, de Warner Brothers, y que se considera

como extraordinaria. En ella toman parte treinta y cinco leones, aparte de gran número de elefantes, tigres, leopardos, gorilas y otros animalitos de la misma clase.

La cinta posee la friolera de treinta y un rollos.

En los bípedos, que también aparecen en ella, hay que mencionar (aunque sea en segundo lugar) a centenares de africanos, de todos tamaños. Hay pigmeos y gigantes.

Se cuenta con la producción fué fotografiada en el seno mismo del Continente negro. Salen luchas entre fieras, batallas entre los salvajes y los leones, y otras numerosas escenas de emoción. No falta, según cuentan los interesados, detalles cómicos, ni su poquitín de romanticismo y novela aventurera.

LO QUE COSTARÁ UNA PELÍCULA.

«Ben Hur», la interesante novela del notable literato norteamericano Mr. Wallace, será adaptada a la escena muda.

Tres de los más acaudalados capitalistas han comprado, por la cantidad de cinco millones de pesetas, los derechos exclusivos de *filmación*.

El poner la película en escena y los honorarios de los artistas se supone que ascenderá a otro tanto.

Dícese que el célebre Griffith será el encargado al dirigir la nueva producción.

Resumen: Derechos de *filmación*, cinco millones. Costo de la película, cinco millones.

Dirección, Griffith. Intérpretes, Mary Pickford y Douglas Fairbanks.

Pedir más, fuera gollería.

CORREO DE CINEMA

Diríjase la correspondencia
a Correo Cinema, Provenza, 238

CLAUDIO HARO.—La suscripción anual a «CINEMA» es de pesetas 5'00. Para las postales sírvase mandar ptas. 1'00 en sellos: si quiere el envío certificado, acompañe 0'35 para gastos de correo.

D. JUAN.—Si es usted tan irresistible, puede probarlo, Dorothy Dalton. Famous Player, New York.

LA SEÑORITA SE ABURRE, Madrid.—Athletic Club, Los Angeles, California. Figúrese usted si, siéndolo, no va a saber español. Si eso la ha de aliviar un poco en su *spleen*, escíbame todos los días: por mí, no ha de quedar, aunque el Administrador se me queja continuamente de los gastos de recepción de la correspondencia. Agradecido a sus elogios.

M. PEÑA, Melilla.—Las postales se las serviremos remitiendo el importe de las mismas en sellos de correo; si quiere el envío certificado acompañe 0 35 ptas.

MACARENA, Sevilla.—¡Olé! Me ha hecho la mar de gracia su cartita. Puede mandar esas «tonterías» y si «hacen» las publicaremos. Por la ortografía no se apure; ya arreglaremos eso de las v, b y h que tanto le asustan.

A. B. L. C., Madrid.—Mande 3.60 ptas. importe de las postales pedidas y si quiere el envío certificado acompañe 0'35 por gastos del mismo. La suscripción anual a «CINEMA» es de Ptas. 5'00.

¡VIVA CHARLOT! Sabadell.—Amén. Conste que nosotros no lo hemos matado; nos limitamos a dejarlo de pronóstico reservado: ahora, si a usted le consta, como dice, que no es verdad lo de las quemaduras, nada tenemos que objetar. ¿Le ha puesto un cablegrama?

FE Y ESPERANZA, Vigo. — ¡Caridad, señoras mías! Me abruma

ustedes. Para la dirección de Antonio Moreno, vean la que doy a *la señorita se abarre*.

UN LATINO, Almería. — Damos preferencia a las películas americanas porque el público las prefiere y nosotros nacimos para servirle, pero esto no quita para que publiquemos también italianas, francesas, etc. Por otra parte, ¿quiere usted explicarme qué tiene que ver el *Maine* con Willian Duncan? No he podido comprenderlo.

JUAN ANTONIO, Madrid. — De argumentos tenemos el TESORO DEL CASTIL O DE KERIOLET, por Carpentier, envíe su importe 0'25 y si quiere que se le remita certificado acompañe 0'35 por gastos de correo.

PAQUITA G. — Mande la dirección bien clara puesto que no nos ha dicho la población; a su disposición la postal de Olive Tomás. CESAR, Badalona. — No he podido entender ni una frase completa de su carta. Vuelva a repetir sus preguntas, pero antes siga un curso de reforma de letra o escribame a máquina; lo que le sea más cómodo.

UN TALLER DE MODISTA, Ciudad. — Hijas de mi alma, yo no puedo hacer otra cosa que darles una lista de casas productoras... y mi consejo de que no piensen en dejar la aguja y el dedal. De todo lo que se dice la mitad, por lo menos, es mentira. Además, es una cosa tan difícil!... no obstante, si lo desean, daré en el número próximo cuántas direcciones quieran.

UNO QUE SE LAS TRAE, Ciudad. — Mire usted, esta es una de las cuarenta y siete mil doscienta treinta y cuatro cosas que no me importan un rábano.

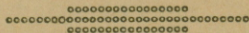
MARI-TORNES, Valencia. — Apesar del pseudónimo se adivina en usted un espíritu fino y agudo. Son muy justas sus observaciones, pero me parece completamente inútil emprender una campaña en el sentido que indica. Siempre harán lo que les parezca; créalo. Veremos de obtener la fotografía que le interesa que publiquemos, aunque nos parece difícil.

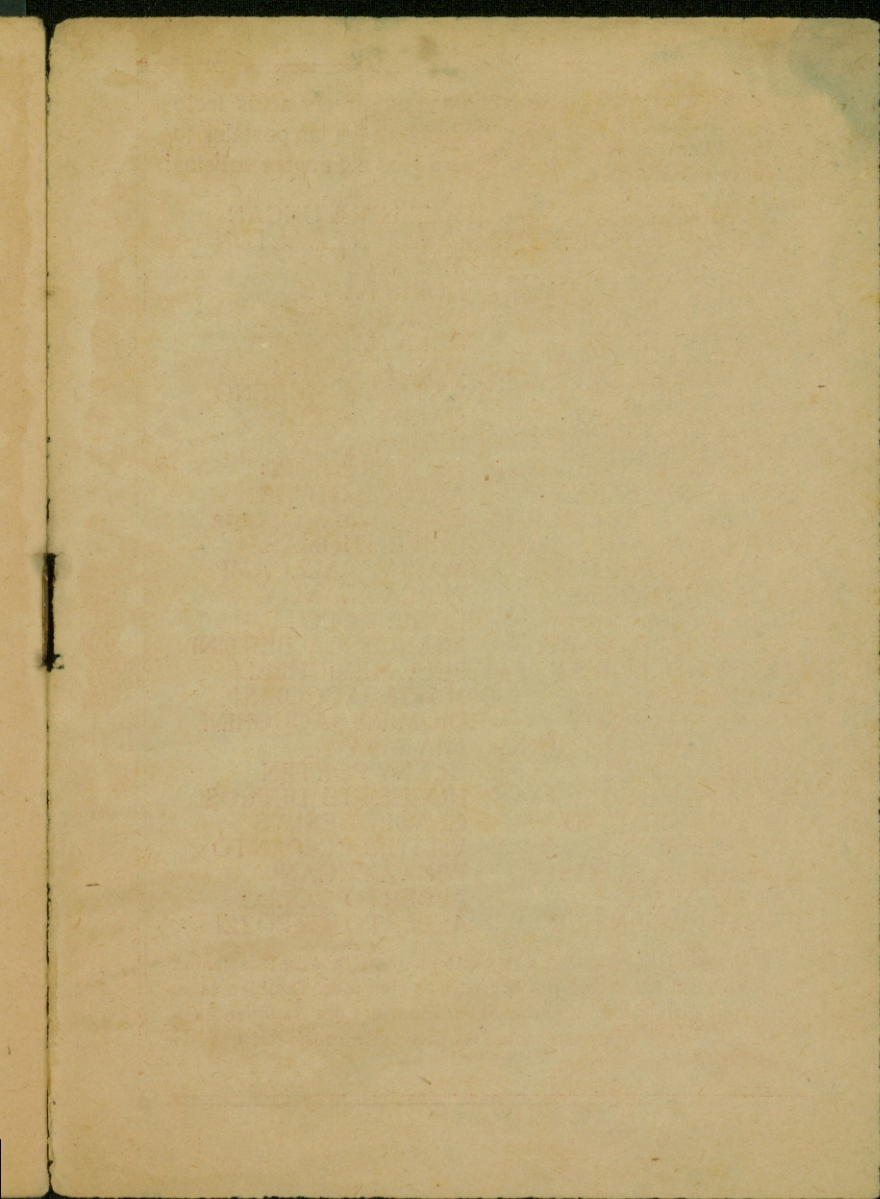
NICK, Ciudad. — Es un truco, naturalmente. Publicaremos el argumento.

ELISABETH, Palma de Mallorca-Annette Kellermann, 707 Oak Street, South Pasadena, California. Lo averiguaré. No me molesta. Escriba cuando quiera.

PABLO G., Cartagena.—A su nombre, Universal City, Cal.
MARIETA, La Coruña. — ¿Con qué usted no aspira a ser artista de de Cine? Perdóneme, pero no la creo. Sería usted el primer caso de una joven que no crea llevar dentro una «estrella» de primera magnitud. Esa película no se ha terminado todavía; como por lo que dice la prensa extranjera se trata de algo verdaderamente notable, cuando llegue a España publicaremos el argumento.
TODO POR ELLA, Valladolid. — Le ha dado a usted muy fuerte, pollo. Francesca Bertini, César Film, Esedra di Termini, 47, Roma. Le agradecería me dijera en qué paran sus gestiones.
ESTADISTICOMANIATICO, Cádiz.—Si vuelve a escribirme, cambie de pseudónimo. 1: New York; 2: Chaplín, 3: Francia; 4: Pina Menichelli; 5: 1908; 6: 33 años confesados; y 7: No recordamos el título, si alguna vez lo hemos sabido.

NOTA:—Quedan cartas por contestar.





CINEMA

Provenza 238-Barcelona

Se complace en ofrecer a sus lectores y correspondientes las postales fotográficas de los siguientes artistas:

MARY PICKFORD
ARBUCLE ROSCOE
(FATTI)
CHARLES CHAPLIN
(GHARLOT)
GRACE CUNARD
(LUCILLE LOVE)
CAMILO DI RIZO
LIVIO PAVANELLI
DOUGLAS FAIRBANKS
FRANCIS FORD (c. HUGO)
GERALDINA FARRAR
PAULINA FREDERICK
KETTI GORDON
SUSANA GRANDAIS
MILDRED HARRYS
(EX ESPOSA DE CHARLOT)
SESSUE HAYAKAWA
CAROL HOLLOWAY
EDITH JOHNSON
MADGE KENNEDY
CLARAKIMBALL YOUNG
MICHEL LEWIS
MAX LINDER
MABEL NORMAND
MAE MURRAY
GEORGE WALSH
FANNIE WARD
JORGE CARPINTIER

WILLIAM DUNCAN
DOROTHY DALTON
MACISTE
DORIS PAWN
WILL ROGERS
ALLA NAZIMOVA
MAE MARSH
ANTONIO MORENO
HARRY MOREY
HEDDA NOVA
JACK PICKFORD
ANITA STEWAR
CONSTANCE TALMADGE
OLIVE THOMAS
MARIA WALLCAMP
PERLA BLANCA
EDDIE POLO
FRANCESCA BERTINI
PINA MENICHELLI
MARIA JACCOBINI
DIOMIRA JACCOBINI
MIA MAY
HENNY PORTEN
HUGUETTE DUFLOS
GLADIS DESLYS
VITTORIA LEPANTO
VERA VERGANI
ALBERTO COLLO
ALBERTO CAPOZZI

Estas postales se hallan a la venta en nuestra Administración Provenza, 238, al precio de 20 céntimos ejemplar. También se remiten por correo previo recibo de su importe y del franqueo necesario. Descuentos a correspondientes y revendedores. Rebajas por grandes partidas.